PARA UN DOLOR

UN CONSUELO.

ENSAYO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

Joaquina A. Oliván.

SANTANDER.

Imp. y lit. de J. M. Martinez,
San Francisco, 15.
1879.

8

PERSONAS.

MARIA. . . . . 20 años.
DUQUESA DE GARMA . . . . 36 »
ALFREDO, hermano de María. . 28 »
GASPAR (ciego). . . . . 60 »
FERNANDO . . . . 24 »

La escena en Madrid año corriente.

1879.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una habitacion pobre, pero aseada. Puerta al fondo que conduce á la calle, y laterales á las habitaciones; dos ventanas. Son las ocho y está anocheciendo.

ESCENA I.

(Maria cosiendo.) Se levanta, enciende un quínqué, y vá á cerrar la ventana.
Máquina de coser, y labores sobre la mesa, y en las sillas.

MARIA. Voy á cerrar la ventana,
que ya no puede tardar
mi pobre viejo Gaspar
en volver.... ¡suerte tirana!
Tan anciano, y ascender
ciento catorce escalones....
se fatigan sus pulmones;
se siente desfallecer.
Siempre llega sudoroso
presa de ardiente congoja;

y un resfriado que coja,
en él, es tan peligroso....
¡Si enfermára.... si muriese...!
¡Oh! no lo quiero pensar,
pues con él iba á acabar
la vida que yo tuviese....
Yo no vería apagarse
su ya caduca existencia,
sin mirar la ténue esencia
de mi sér evaporarse:
que en todo el mundo no existe
otra alma, otro corazon
que me guarde la atencion
de sufrir, cuando estoy triste....
Sólo mi viejo Gaspar
me dá consuelo profundo....
no tengo mas en el mundo
que su amor.... y mi pesar....
Pesares de tal rigor
tan intensos é invariables
que son sólo compensables
con ese bendito amor.... (Contemplando el cielo en la ventana entreabierta.) (Con sentimiento.)
Ya duermes, astro del dia,
y en tí la esperanza amada
que cada nueva alborada
despierta en el alma mia;
¿Es la ardiente fantasía
quien puso en mi corazon
el fuego de esta pasion?
¿ó es mi amor tan solamente
la llama fosforescente
de fantástica ilusion?
Cuando estas sombras de plata
se disipen, bello Sol,
y el alba con su arrebol
en los cielos se dilata,

y tu brillo que retrata
á la Omnipotencia entera
se halle en su plena carrera,
alumbra mi entendimiento,
y aparta del pensamiento
mi amor, si es una quimera....
(transicion.) Si por venturoso azar,
ó premio dado á mi alma,
vuelve á mi pecho la calma....
si él tambien supiera amar....
si no le pude inspirar
con mis miradas amor,
te ruego, astro brillador,
que nunca jamás me vea;
ni me conozca, y me crea
indigna de su favor....
¡Noche expléndida cercana,
envuelve en negro crespon
los ayes que el corazon
envia des mi ventana;
y en tu alborosa mañana,
en retorno á mi plegaria,
trae á mi alma solitaria
alguna ilusion fingida,
que en la muerte de mi vida
sea oracion funeraria.
(Pausa.)
!Oh! nó; magnífico cielo!
perdona mi ingratitud,
que tú eres la plenitud
de venturoso consuelo.
Si de mirar siento anhelo
á ese sér por quien deliro,
tú le encubres, yo te miro,
y le advierto en el reflejo
del puro y diáfano espejo
de ese techo de zafiro.

Como está fijo en mi mente,
y le guarda mi retina,
él es la luz que ilumina
mi existencia suavemente.
Él vivirá eternamente
oculto en el alma mia:
díselo, expirante dia,
y llévale á su memoria
la oculta y sensible historia
del amor de su María.

(Cierra la ventana, en el momento que entra Alfredo.)

ESCENA II.

María.—Alfredo.

ALFREDO. (viéndola) María!... ¿estabas aquí?
MARIA. (dulcemente.) ¿Qué me querias?
ALFREDO. (indeciso.) ¿Qué quiero?
que me des algun dinero....
MARIA. Cuanto tenia te dí....
para que el pobre Gaspar,
tan viejo, tan achacoso,
y siempre tan cariñoso,
no se acueste sin cenar,
salí á entregar la labor
que afanosa he concluido,
y la desgracia ha querido
mostrarme hoy más su rigor...
Bien lo conozco, la hora
algo inoportuna fué;
y con dolor escuché
que dormia la Señora....
Mas como Dios nada olvida,
para que en Él confiemos,
y siempre le veneremos,

vino en mi auxilio enseguida.
Pasé á la casualidad
por San Ginés, donde ahora
nuestro pobre viejo implora
la bendita caridad:
me acerqué, y dióme gozoso
todo el producto del dia,
que á tres reales ascendia....

ALFREDO. ¡Vaya un trabajo lucroso!
Pero, en resumidas cuentas:
¿Tienes, ó no tienes nada?
Porque pediré prestada
una cantidad....

MARIA. ¿Qué intentas?
Alfredo: escucha mi ruego:
aprovecha ese destino,
que te brindan.... es mezquino,
pero: ¿no es peor el juego?
Es un trabajo decente,
que cualquiera aceptaría....
además, que hasta sería
para todos conveniente.

ALFREDO. Ya basta.... ya pareció....
para todos.... ¡Qué exigencia!
¿Lo haces por tu conveniencia,
ó porque prospere yó?

MARIA. Eres un ingrato, Alfredo!
¿No te apercibe mi lloro,
que como á hermano te adoro,
y darte enojos no puedo?
Dí, ¿no comprendes tu mismo
que tu vida disipada
quiero evitar? ¿que cerrada
está mi alma al egoismo?
¡Huérfanos, en la indigencia,
y tú, jóven, todavia,
dilapidando en un dia

el valor de tu existencia!
Veintiocho años has vivido,
si es que tú llamas vivir
al fatigoso existir
en que te encuentras sumido;
sin amor, encanallado,
ajeno á toda afeccion,
víctima de una aficion
que tu ser ha envenenado....

ALFREDO. (interrumpiendo.) Si insistes en tu rigor
será tu tiempo perdido....

MARIA. ¿Yo reprenderte? No olvido
que eres hermano mayor:
mas, me atreveré á decir
que en tu rostro, un tiempo bello,
llevas ya marcado el sello
de tu azaroso existir:
tus cabellos van tomando
precoz color blanquecino;
tu aire distinguido y fino
te vá casi abandonando....
Luego, la vida es tan corta,
aun tratada con esmero....
Lo digo, porque te quiero....

ALFREDO. Está bien: mas, ¿qué te importa?

MARIA. Eres desagradecido.

ALFREDO. Y tú haces, de buena, alarde....
Pero se está haciendo tarde,
y olvidas á qué he venido.

MARIA. No desistes de tu empeño?

ALFREDO. Hija mia: si es preciso....
si vieras qué compromiso;
¡Qué porvenir tan risueño!

MARIA. ¿Y será el último dia?
¿Ya otra vez no volverás?

ALFREDO. Por tí misma lo verás:
te lo prometo, María....

MARIA. Mas, qué quieres que te dé
si sabes no tengo nada?...

ALFREDO. Pediré plata prestada,
de un modo, ya lo acerté....
Me das ese medallon
que llevas en la garganta....

MARIA. De una memoria tan santa
hacer tal profanacion?
Única prenda que existe
de nuestra madre querida!
Me sorprende, por mi vida,
cómo á tanto te atreviste....

ALFREDO. Lo repito aunque te asombre:
ese medallon exijo....

MARIA. Calla Alfredo: sé buen hijo,
ya que no seas buen hombre. (Se pone la mantilla, y vá á salir.)

ALFREDO. ¿Á donde vas?

MARIA. A cobrar
esa labor entregada;
y esta joya idolatrada
toda mi vida á guardar:
que siempre este medallon
me sirvió de fiel escudo,
y nunca penetrar pudo
el mal en mi corazon....

ALFREDO. (aparte.) (¡Qué leccion.... para aprendida!...)

MARIA. Queda un instante esperando.

ALFREDO. Que es tarde.... vete volando....

MARIA. No temas, vuelvo enseguida. (váse.)

ESCENA III.

Alfredo solo.

Bien pensado, es la verdad,

que mi existencia azarosa
tiene poca variedad....
No está la felicidad
en mi vida borrascosa.
Yo no probé otro placer
que esa contínua inquietud
entre el ganar y el perder:
y á fé que es poco aprender
de la cuna al ataud.
Y yermo el campo espacioso
de mi entero pensamiento,
y el corazon en reposo,
sin un recuerdo amoroso,
sin un bello sentimiento;
aborrezco esos festines
de báquica algarabía,
y no amo esos serafines
que son preciados jazmines
todo aroma y lozanía;
y me aturde, me anonada,
mirar en sala cerrada,
cercando el verde tapete,
una partida entregada
al monte ó al sacanete.
Pues bien: yo quiero gozar
de lleno, de esos placeres,
y su veneno aspirar....
Destino: ya que lo quieres,
cúmplase.... y penas al mar.
Este duelo que hoy me aguarda
decidirá de mi suerte....
Valor: el tiempo que tarda
mis impaciencias retarda
de encontrarme con la muerte. (Gaspar ha oido las últimas palabras sin entenderlas, y se dirige por la voz á Alfredo.)

ESCENA IV.

Gaspar.—Alfredo.

GASPAR. (agitado.) ¿Qué le has hecho á mi María
que lleva el rostro lloroso?
No ves, yo, cuan afanoso
la adoro mas cada dia?
No has llegado á conocer
que algun secreto dolor,
tal vez un oculto amor
ha trasformado su sér....

ALFREDO. (distraido y ap.) (¿Es realidad, ó es un sueño?)
(¡Un duelo á muerte!... á qué hora!...)

GASPAR. No ves abatido ahora
aquel carácter risueño?
Que aquella frente, serena
en otros dias mejores,
hoy se rinde á los rigores,
de alguna amorosa pena?
Yo tambien jóven he sido,
y conozco los azares
del amor, y los pesares
de querer sin ser querido.
Tú en ella no has reparado,
y nada sabes por tí...
Tú lo tienes todo aquí... (en la cabeza)
Lo demás desalquilado.....

ALFREDO. (distraido, y aparte) (Al diablo tanto pensar.)
(¿Qué estará diciendo el viejo?)
(sin duda será un consejo)
(de los que suele ensartar.)

GASPAR. (aparte) (Creo que se ha conmovido....)
(¡Si el Señor lo permitiera!...
(alto) No has advertido siquiera
que su alegría ha perdido?

ALFREDO. Ciertamente, no advertí...

GASPAR. ¡Ingrato!... la pobre chica,
tan buena, que sacrifica
toda su vida por tí...

ALFREDO. (aparte.) (Bueno estoy para escuchar)
(sermones.) (alto.) Vuelvo al momento.

GASPAR. ¿Dónde vás?

ALFREDO. A mi aposento.

GASPAR. María no ha de tardar....
Mira que solo me quedo,
vuelve pronto.

ALFREDO. Sí, en seguida....
(aparte.) (Jugada está la partida,)
no sé porqué.... tengo miedo.) (váse.)

ESCENA V.

Gaspar, á poco la Duquesa.

GASPAR. Hay algo en su corazon,
y lucha contra su suerte....
Feliz él, si al fin advierte
que marcha á su perdicion.
Oigo pasos.... me parece....
¿Quién vá?

DUQUESA. ¿Se puede pasar?

GASPAR. Esa voz.... Podeis entrar.

DUQUESA. Mil gracias...,

GASPAR. No las merece.
Creo que sois la Señora
Duquesa de Garma....

DUQUESA. Sí.
Mi buen Gaspar! (reconociéndole.) ¿vos aquí?
Buscaba á una bordadora....
¿Vive con vos?

GASPAR. Por fortuna.

DUQUESA. ¿Es hija vuestra?

GASPAR. Es ahijada,
y ha sido por mi cuidada
hasta hoy, desde la cuna.
DUQUESA. ¿Es desgraciada?
GASPAR. Sí y nó.
La amparé con mi tutela,
y en compensar se desvela
la vida que me debió.
DUQUESA. No hay un placer que se iguale
al que siente el alma mía
dando al triste la alegría....
GASPAR. Sé lo que vuestra alma vale...
Siempre bendigo el instante
en que os ví por vez primera....
Este albergue no existiera
sin vuestra piedad constante.
DUQUESA. ¡Sois lo mas agradecido!
GASPAR. Y vos, sois tan bondadosa!
Apostára cualquier cosa
á que habeis aquí venido
por prestar vuestro cuidado
á la jóven bordadora?....
DUQUESA. Puede ser muy bien....
GASPAR. Señora....
DUQUESA. Si vos la habeis educado,
podreis decirme su nombre
y antecedentes.
GASPAR. Lo creo....
si no es otro mi deseo....
DUQUESA. Podeis empezar, buen hombre.
GASPAR. ¡Oh! Qué bellos sentimientos!
Esa accion tan meritoria
Dios premiará con la gloria
que guarda en el firmamento.
DUQUESA. Decidme, mi buen Gaspar,
que ya me siento impaciente
por saber exactamente

cuanto encierra este lugar.
GASPAR. (con emocion.) Mi bella ahijada María,
porque es muy bella, eso sí,
es la que reside aquí
trabajando noche y dia.
Veinte años aun no ha cumplido,
huérfana, con un hermano
que jamás su inútil mano
para ganar ha servido.
Tiene muy mala cabeza....
DUQUESA. ¿Mas jóven?
GASPAR. Es el mayor,
veintiocho años, jugador
casi por naturaleza.
En lo íntimo de su sér
hay un fondo de bondad,
que, en su alma, con la maldad
lucha suele sostener.
Y mi atencion cariñosa
que le estudia noche y dia
contempla con alegría
á la bondad victoriosa.
Esto consuelo me dá,
pongo en Dios mi confianza,
y alimento la esperanza,
que algun dia cambiará.
Yo creo que le avergüenza
el ejemplo de su hermana,
que por trabajar se afana
desde que el dia comienza.
Duerme su razon inerte
en magnético sopor,
pero el deber, nuestro amor,
quizá pronto lo despierte.
En pobre cuna nacieron;
pobre su infancia pasó;
ni un recurso les quedó

cuando huérfanos se vieron.
Yo, sin otras atenciones
que el inocente cariño
de mi ahijada, y ese niño,
llené sus aspiraciones.
Aquí los traje á vivir,
y á educarlos ayudaba
con la instruccion que me daba
medio siglo de existir.
Turbaba mi bienestar
solo el carácter de Alfredo,
que no he podido, ni puedo,
hasta ahora reformar.
Así los años pasaron,
y ya en mi edad avanzada,
la pobre flor marchitada
de mi existencia, dejaron.
Viejo, achacoso, sin vista,
me hicieron que desistiera
de mi profesion, que era
una plaza de organista
en San Ginés, donde ahora
voy á mendigar por Dios
á alguno, que como vos
alma tan noble atesora.
Desde aquel tiempo, María,
que es dispuesta y aplicada,
trabaja para que nada
nos falte. ¡Pobre hija mia!

DUQUESA. Nunca me habiais contado....
Y, ¿porqué, mi buen Gaspar?
Debeis orgulloso estar
de ese angel que habeis formado....
¿Tendriais celos quizá
que otro la amase?

GASPAR. No á fé,
¡Si sois un ángel!

DUQUESA. ¿Y qué,
no me decis donde está?
Ved que quiero conocerla;
ha tiempo que la fortuna
me hiciera, sin duda alguna,
sin saberlo protejerla.
Porque es ella á no dudar,
quien confecciona el *trouseau*
que una amiga se empeñó
en querérmelo encargar
á una jóven que le hacia
sus bordados, le he pedido
su direccion, he venido,
y al parecer, es María.
¿No se halla en casa?

GASPAR. No, pero
tardar no debe un instante
en volver; que há ya bastante
que salió.

DUQUESA. Aquí la espero.... (pensando.)
Ó mejor será volver;
porque tengo ésta vacia, (mostrando la limosnera.)
y quiero darle á María
el valor de su quehacer.
Adios: que no ha de pasar
mi ausencia de media hora.

GASPAR. Dios os guíe, mi Señora.

DUQUESA. Y á vos, mi pobre Gaspar. (vase.)

ESCENA VII.

Gaspar—á poco María.

¡Oh! Gracias, vírgen sagrada,
por tu bendita justicia....
¡Vaya una buena noticia

que la tengo preparada!

MARIA. ¿Ya en casa? mi buen Padrino.
(aparte.) (y Alfredo, ¿donde estará?)

GASPAR. Ven María, ven acá,
hoy nos proteje el destino.
Has tenido una visita
en tu ausencia, y vá á volver....

MARIA. ¿Es tal vez á recojer
labores que necesita?

GASPAR. No tal, deja concluir,
desecha tu justa alarma;
es la Duquesa de Garma;
viene á dar, no á recibir.

MARIA. ¿La Duquesa habeis nombrado?
No conozco á esa Señora!

GASPAR. Es la amable protectora
de quien tanto te he hablado.
A inspeccionar tus labores
dijo que habia venido,
y que vuelve acto seguido.

MARIA. Agradezco sus favores;
mas no comprendo....

GASPAR. Es muy claro.
Ella me ha hablado de tí,
y quiere verte.

MARIA. ¿De mí?

GASPAR. Qué hallas en ello de raro?

MARIA. No.... nada. (cambiando el tono.) ¿Quereis cenar?

GASPAR. Y bien que lo necesito,
porque tengo un apetito....

MARIA. ¿Si...? Venid, mi buen Gaspar. (salen.)

ESCENA VIII.

Alfredo—á poco Fernando—y despues Maria.

ALFREDO. ¿Si habrá vuelto ya María...?
¡Gran Dios! qué es esto que siento
dentro de mi pensamiento?
qué estraña melancolía!
Yo que mil veces creí
desocupada mi mente,
siento á través de mi frente
algo que jamás sentí.

FERNANDO ¿Alfredo Cortés?

ALFREDO. Yo soy.

FERNANDO Muy señor mio; pregunto
por vos, para cierto asunto....

ALFREDO. A la órden de V. estoy.

FERNANDO Recordareis que esta tarde,
tal vez ofuscado y ciego
en los azares del juego
hicisteis de bravo alarde
con D. Pedro de Rivera....

ALFREDO. Cierto; una mala jugada....

FERNANDO Todo ello cuestion de nada,
para armar una quimera....
Palabras de mal sonido
parece ser que cruzasteis,
y una tarjeta cambiasteis.
¿Comprendeis á qué he venido?
Me enoja la comision
de tratar un desafío....

Maria vá á salir, y oye estas palabras, se detiene oculta.

MARIA. (aparte.) Qué es lo que escuché, Dios mio!

ALFREDO. No tal.... (aparte.) (En esta ocasion....)
(alto.) No se me habia olvidado
tan desagradable historia,
y conservo en la memoria

cuanto me habeis relatado.
Me veniais á pedir
las armas, sitio, y la hora;
pues yo os dejo desde ahora
en libertad de elegir.

FERNANDO Habeis ido muy allá;
es, que Rivera es mi amigo
y me ha nombrado testigo
del duelo que á tener vá.

ALFREDO. Entiendo, quereis saber
quién son mis padrinos.

FERNANDO Sí.

ALFREDO. Quedad un momento aquí,
que al instante he de volver. (vasc.)

ESCENA IX.

María, y Fernando, que está de espaldas á la puerta por donde aquella viene. Maria, llorosa, se dirige á Fernando sin mirarle, con elpañuelo en los ojos hasta postrarse ante èl.

MARIA. Caballero, por piedad,
que os lo recompense el Cielo;
pero por Dios, evitad
que llegue á la realidad
ese proyectado duelo.

FERNANDO ¡María! Luz adorada (reconociéndola.)
de mis ojos, que creí
ya para siempre eclipsada,
y entre sombras encerrada
la existencia para mí.

MARIA. ¡Fernando! ¿Di?. ¿á qué has venido?
habla por Dios; tengo miedo,
porque desde allí he oido
que se halla comprometido

tal vez el honor de Alfredo.

FERNANDO Tu ansiedad es natural! (con celos.)
Porfías de un jugador
que siempre concluyen mal....
y ese, tal vez mi rival,
sostendrá un lance de honor.
Rivera, que es su adversario,
un coquito de las modas,
un muchacho millonario,
temible es para contrario....
maneja las armas todas.
Una esquela me envió,
en la cual me refería
cómo en el juego encontró
un jóven que lo retó,
y con quien reñir debia.
Su padrino me nombraba,
que somos buenos amigos,
la direccion me anotaba
de esta casa, y me encargaba
ver á los otros testigos.
Ahora conoces fielmente
el porqué de mi venida,
dispensa si fuí imprudente,
pero llené exactamente
tu demanda apetecida.

MARIA. Alfredo es hermano mio,
y puedes imaginar
que sólo quiero y ansío
evitar un desafío
en que le pueden matar.

FERNANDO Perdóname, niña mia,
si celoso te ofendí,
y en mi palabra confía,
¿qué me pedirás, María,
que pueda negarte á tí?
Reprime tu amargo lloro,

vuelve á recobrar tu calma,
que tu llanto es un tesoro:
dí que me amas, cual te adoro.

MARIA. Te amo con toda mi alma.
¡Fernando! mi solo amor
que le lloraba perdido
como la marchita flor
llora al perder su color
y ver su aroma extinguido.

FERNANDO Si tu me amabas María,
¿porqué te ocultas de mí?
te he buscado noche y dia,
y nunca gozar podia
en verte cerca de mí.
Ya hace dos años ¿verdad?
la Academia de pintura
estaba en mi vecindad,
y allí por casualidad
yo contemplé tu hermosura.
Yo ví tu faz peregrina
que despues me has ocultado;
amor mi mente alucina,
y en su fuego se ilumina
cuanto para mí hay creado.
Al principio te miraba,
y á hablarte no me atrevia;
todos los dias pensaba
que iba á lanzarme, llegaba,
y el rubor me lo impedia.
¡Era mi pasion primera...!
ya otro dia me atreví
á que tu mirada viera
una seña, que dijera,
«preciosa,» ¿te acuerdas, dí?

MARIA. Cómo no he de recordar;
siempre temprano llegaba,
y así podia quedar

más tiempo, para observar
lo que tu mano me hablaba. (accionando.
Otro dia, que tristeza!
último fué, tú leias
un libro, y con ligereza
advertí con estrañeza
que dél una hoja rompías.
¡Oh sorpresa! vás formando
unas letras, que despues
que las fuí deletreando
me decian: «yo, Fernando,
y vuestro nombre ¿cuál es?»
Yo entonces, amaestrada
por tu ingeniosa leccion,
dudosa y ruborizada
me sentí al fin animada,
y te dí contestacion.
Desde aquel dia, la suerte
me retiró su asistencia,
ya no volví mas á verte,
y pensé que iba á perderte
para toda mi existencia.
En la miseria sumida,
teniendo que aprovechar
resignada, aunque afligida
la educacion recibida
para asíduo trabajar;
Mandándote el alma mia
en la noche y en la aurora,
suspiros, en que vertia
el amor que mantenia
mi pasion consoladora;
Pasar ratos prolongados
contemplando tu balcon,
viendo recuerdos amados,
y dejar allí clavados
los ojos y el corazon;

Por oculto sentimiento,
y desconocido afan,
mi constante pensamiento
siempre iba en tu seguimiento
como el hierro hácia el imán.
Y recelosa ocultarlo
bajo una aparente calma,
y ahora ya, comunicarlo,
á todo el mundo contarlo,
porque no cabe en el alma.

FERNANDO Cuánto amor! prenda adorada....
Tambien me sentí morir
al faltarme tu mirada....
No te muestres enojada
por lo que voy á decir.

MARIA. Ay! me conmueve tu acento!
ya tanto tanto he sufrido,
que un nuevo dolor presiento
que haga pequeño el tormento
que hasta ahora he padecido.

FERNANDO En los brazos de la muerte,
teniendo solo en el mundo
una pena, de perderte,
y una esperanza, de verte,
que es mi placer sin segundo;
Mi penosa enfermedad
mi prima llegó á saber,
tal vez por casualidad,
y me hizo la caridad
de venirme ella á atender.

MARIA. No digas más, te comprendo:
esa mujer te ha prestado
su asistencia contrayendo
deuda que tu estás cumpliendo
con tu amor.... ¿He acertado?

FERNANDO No me acrimines, María,
falta que no cometí;

todo acaba en este dia
con ella, que el ama mia
vive sólo para tí.
Te lo juro, por tu amor (se postra.)
que es la pasion mas hermosa
con que dotó el Creador
á los séres que, en redor,
tiene en su mansion gloriosa.
Crée mi ardiente promesa;
mírame, cual me mirabas;
mi semblante, ¿no te expresa
que está mi conciencia ilesa
del crímen que la acusabas?

ESCENA X.

Dichos y la Duquesa, que entra sín ser vista, y oye estos tres versos de Fernando.

FERNANDO (Continúa sin verla.) No te goces retardando
mi dicha, con tu mirada:
no te muestres enojada.
DUQUESA. (entrando.) Qué sorpresa ¡aquí Fernando!
(á él.) Encontrarte no esperaba.
FERNANDO ¡Oh! ven acá prima mia,
ven, dile pronto á María
que mi fé la consagraba.
Este es el sér celestial
por mi amor tan suspirado,
que Dios ha puesto á mi lado
por un motivo casual;
y se desdeña en creer
que mi amante corazon
mantiene aquella pasion
que ella vió un dia nacer.
Díselo, que en tí confío,

que su nombre pronuncié
tantas veces, que llené
el espacio en redor mio.

DUQUESA. Creedlo niña, es muy cierto;
enfermo le puso amor,
y sin mi auxilio y favor
tal vez ya se habria muerto.
Él se queria marchar
por distraer sus pesares,
y los procelosos mares
por largo tiempo á cruzar.
Y por conservar su vida
todavia de esperanza,
le propuse nuestra alianza,
por él casi aborrecida.

FERNANDO Ya ves mi bien adorado;
no te engañó tu Fernando!

MARIA. Me lo estaba revelando,
el alma....

ESCENA XI.

Dìchos, y Alfredo, (con una carta en la mano.) Despues Gaspar.

ALFREDO. (á Fernando.) Ya está arreglado.

FERNANDO Nada teneis que arreglar.

ALFREDO. ¿Cómo?

FERNANDO El Cielo me es testigo
de que en vos mano de amigo
y hermano quiero estrechar.

MARIA. ¡Alfredo! (á Fernando.) Dios ha escuchado
mis votos....

FERNANDO (á María.) Hizo la suerte
que cuando creí perderte,
ella te puso á mi lado. (á Alfredo.)
Vuestra hermana y yo queremos

estrechar eternos lazos....
Alfredo: estos son mis brazos....

ALFREDO. No me explico estos extremos....

(Fernando lleva aparte á Alfredo, y hace como que le refiere lo sucedido, hasta que lo marca el diálogo.)

DUQUESA. (á María,) Feliz yo, que aquí venia
á daros mi proteccion
en premio á la aplicacion
que habeis tenido hasta el dia.
Y ya veis, la Providencia
parece que preparaba
el término que anhelaba
Fernando con impaciencia....
Vine aqui para pagaros
el *trouseau* para mi enlace,
y como éste se deshace,
ahora quiero suplicaros
que cual regalo de boda
lo acepteis para la vuestra;
en él mi cariño os muestra
que os amo con mi alma toda.

MARIA. ¡Qué feliz soy!

FERNANDO Si, ya puedo
llamarte mi esposa.

MARIA. Espera.
Gaspar. (llamando.)

GASPAR. (desde dentro.) Ya voy. (saliendo) ¿Qué te altera?

MARIA. Venid acá; ven Alfredo....

GASPAR. ¿Qué se ofrece? ¿Quien me llama?

DUQUESA. Mi primo, que os necesita,
pues la mano solicita
de María.

GASPAR. ¿Y ella le ama?

MARIA. Yo con el alma y la vida.

GASPAR. ¿Y él?

FERNANDO Con toda la pasion
del mundo, en un corazon

y en un alma reunida.

GASPAR. (á la Duquesa) Señora, vuestra clemencia
me dá la dicha que hoy siento:
irá mi agradecimiento
mas allá de mi existencia.
Y perdonad, si no puedo
gozar con tanta alegria,
que apesára el alma mia
el triste vivir de Alfredo.

ALFREDO. Desechad de la memoria
mi recuerdo de un ayer
que juro no ha de volver.

GASPAR. ¡Dios te lo premie en la gloria!

MARIA. (á la Duquesa.) Gracias, mi señora amada,
que ayudó á hacerme dichosa
con su amable y cariñosa
proteccion anticipada.

FERNANDO (á Alfredo.) Y yo alcancé por tu duelo
completar mi dicha yá.

MARIA. Es que Dios siempre nos dá,
«Para un dolor, un consuelo.»
